

# Imagen primera de Nivaria Tejera

Claude Couffon

FUE, SEGÚN CREO, EN 1955. YO TRABAJABA EN UN DESPACHO DEL INSTITUTO Hispánico, en París, cuando ella entró, seguida de su compañero de entonces, el poeta cubano Fayad Jamís. Era extrañamente bella: los ojos de terciopelo negro, un mazo de cabellos rizados, negros también, la piel blanca y mate, suave como un delicado fruto. Creí volver a ver a Colette, o, más bien, imaginé a Colette a esa edad. Pero ella se llamaba Nivaria. Nivaria Tejera. Llevaba bajo el brazo un manuscrito que me tendió pidiéndome leerlo. Y partió; pero su voz —una voz insólita, a la vez satinada y áspera— se negaba a abandonar mi oído.

El manuscrito llevaba un título simple e inquietante: *El barranco*. Lo abrí y comencé a leer: «Hoy empezó la guerra. Tal vez hace muchos días. Yo no entiendo bien cuando empiezan a suceder las cosas. De pronto se mueven a mi alrededor y parecen personas que conocía desde hace tiempo. Para mí que no sé pensar, la guerra empezó hoy frente a casa de abuelo».

De entrada, el tono estaba ahí. Un tono inimitable que creaba el embrujo. Una niña hablaba. Ella hablaba de la guerra que en una pequeña ciudad de Canarias —La Laguna— agredía bruscamente su universo de seguridad y de ternura. Cuando los soldados aparecían y volcaban a golpes de botas las plantas de helechos, el mundo frágil que rodeaba a una niña de cinco o seis años de edad se desmoronaba: el de una familia modesta, unida, que formaban una tía costurera, una madre celosamente unida al hermano menor, un abuelo albardero dispuesto siempre a contarle la historia de los pájaros y a tocar en la guitarra sus aires preferidos, y un padre con el que uno gusta de pasearse y del cual se admira la fuerza de espíritu y la fuerza, sin más, y también ser admirada por él. Pero, ¡ay!, ese padre ideal era periodista republicano, y cuando la rebelión franquista estalló fue perseguido y al final encarcelado, obligado a vivir, según las propias palabras del abuelo, «en una isla que se llama prisión». Para la niña, es el surgimiento de un horrible vocablo de adulto, del que se ignora el sentido, pero del que se sufre sus efectos inmediatos: la angustia. «Sin papá estoy siempre sola». Desgarradora confesión, mientras que otros vocablos no menos nuevos, inquietantes se trasformaban en experiencia: proceso, tribunal, veredicto, liberación, y pronto, otra vez: arresto, internamiento, campo de concentración. Sí, la experiencia, las experiencias, eran los interminables viajes en autobús hasta la prisión, el padre apenas percibido al fondo de las rejas, la espera de las mujeres, cargadas de fiambreras,

en las puertas de la prisión. Y por la noche, cuando se está sola y llena de temores en la cama, la atroz visión de un padre que estaría ya, acaso, tendido, muerto, fusilado, en el barranco, como esos hombres que había visto pasar en los camiones conducidos por soldados. Y cuando el lacónico telegrama llegaba, «Exiliado —Isla del Hierro— Cuarenta años. Stop», se sabía que el golpe final había sido asestado. No, nunca más, nunca más esta niña volvería a ser una niña.

La guerra de España no era ya aquí el heroísmo colectivo del que habían hecho un mito, y al que nos habían habituado, *L'Espoir*, de André Malraux o *Por quién doblan las campanas*, de Ernest Hemingway. Era un desastre, otro que traumatizaba lo más puro de cada uno de nosotros: la infancia.

Caía la noche cuando cerré el manuscrito de este libro bello como un diamante negro. Sus palabras heridas y temblorosas avanzaban aún en mi memoria. En aquella época, yo tenía el placer y la responsabilidad de una crónica consagrada a los libros españoles y suramericanos en la revista *Les Lettres Nouvelles*, dirigida por Maurice Nadeau. Este descubridor excepcional de jóvenes talentos había fundado, paralelamente a la revista, una colección literaria del mismo nombre en la cual se editaban libros españoles y suramericanos. «Tradúzcalo», me dijo él. «Yo lo publicaré». Y eso hicimos.

La primera edición de *El barranco* vio la luz en el otoño de 1958. El libro fue una revelación que los más eminentes críticos —el difunto Max Pol Fouchet a la cabeza— saludaron con entusiasmo.

Una amistad delicada, apasionada —tempestuosa a veces— debía unirme a Nivaria. Supe poco a poco cómo ella vivía (sin holgura) y criaba a su hija; había encontrado al pintor español Hanton, su futuro compañero, y dibujaba, pintaba, escribía, escribía.

En el otoño de 1970 Maurice Nadeau publicó su segunda novela en *Les Lettres Nouvelles: Sonámbulo del Sol*, una traducción de Adelaïde Blásquez. El cuadro había cambiado, ya que Nivaria, entretanto, había vuelto a Cuba, el país de su juventud, con la Revolución Cubana, y contaba, en una tentativa de escritura total, la aventura de un mulato de treinta y tres años, Sidelfiro, deambulando sin trabajo bajo el clima de la dictadura anterior, destruido por la incomunicación y también por el sol, ese dios castrador «que transforma el mundo en cloaca y el hombre en sonámbulo». Con ese libro brillante, Nivaria obtuvo el Premio Biblioteca Breve otorgado en Barcelona por Seix Barral, que lo editó con una categórica publicidad de contraportada: «La audacia y originalidad de Nivaria Tejera sitúan a *Sonámbulo del Sol* entre las muestras más logradamente renovadoras de la actual novela en lengua española».

El éxito de sus dos primeras novelas hubiera podido alterar la vocación de Nivaria. Ella no se dejó seducir por las voces elogiosas de los negociantes de la literatura. Siguió escribiendo con una exigencia permanente lo que le dictaban las hadas de la imaginación y las musas de la poesía auténtica. Pero esa es otra historia que no tengo que contar hoy.